

Amor Suicida (Editado)

P.Vanrreteea (Annisa)



Amor Suicida

P. Vanrreteea

Capítulo 1

Amor Suicida

La oscura noche había caído aquel 24 de junio. No se sabía con seguridad que hora marcaba el reloj, pero la niebla se estaba levantando alrededor de aquel lago provocando que la humedad y el rocío mojara su largo vestido y sus pies descalzos. Los grillos comenzaron a cantar llenando con su sonido el ambiente un tanto melancólico. Incluso la luna llena y distante le daba aquel sombrío toque. Solo servía para dibujar en la superficie la sombra de los árboles que la rodeaba.

Catalina se sentó en la orilla de aquel lago sin importarle el frío que estaba haciendo ni tampoco de lo que podría provocar la humedad del pasto en sus ropas. Necesitaba escapar, aunque sea por solo un instante, de la triste realidad que la aquejaba. No era fácil estar viviendo aquello, pero ¿Quién está preparado para una traición de esa envergadura?

Tal vez y lo peor de todo es que si no hubiera sido porque decidió esconderse en aquel lugar no se habría enterado de nada; y tampoco sus hermanas Úrsula y Elvira. Enamoradas del mismo hombre, quien osó a engatusarlas con sus palabras bonitas y su atractivo físico. ¿Con qué motivo? Nadie lo sabría jamás.

En ese instante, apareció junto a ella la imagen fantasmagórica de su hermana Úrsula que iban en compañía de Elvira. Ambas llevaban el rostro empapado de las lágrimas saladas que brotaban sin parar de sus ojos. Con las ropas sucias y mojadas por culpa del rocío, se sentaron una cada lado de Catalina. Tanto Úrsula como Elvira apoyaron sus cabezas en el hombro de su hermana mientras se tomaban las manos y veían el siniestro lago negro.

—Me siento muerta en vida —habló Elvira mientras veía a la nada misma.

—Y yo... —respondieron al unísono Catalina y Úrsula.

—Ese canalla nos engañó a las tres, solo quería nuestra virtud para luego dejarnos botadas.

—No debimos ser tan ilusas, padre siempre nos dijo que no debíamos confiar en extraños, menos en los forasteros —contestó Catalina.

—De nada nos sirvieron sus consejos si a la primera de Dios nos olvidamos de todo aquello. Ahora solo queda la vergüenza —las palabras de Úrsula sonaban tan amargas como el vinagre.

Las tres hermanas permanecieron en silencio un par de minutos mientras estaban perdidas en sus propios pensamientos. Catalina pensaba que ahora que tenía el corazón roto ya no tenía más amor por entregar al mundo. Incluso en algún momento desde que se enteró de la verdad, llegó a odiar a sus hermanas. Sin embargo, eran pensamientos que esperaba que jamás afloraran a la superficie, puesto que tanto Elvira como Úrsula no estaban en mejores condiciones que ella.

Elvira revivía los momentos que había vivido con él y como al igual que la niebla, terminaron por extinguirse con un nuevo amanecer. No sabía si podría vivir con aquel amor que aún mantenía en su corazón, a pesar de ser consciente que fue traicionada al igual que sus hermanas; y por el mismo ser despreciable.

Por otro lado, si bien Úrsula tenía el corazón roto por dentro, la amargura y una sed de venganza se estaba apoderando con creces en su interior. No quería ser el hazmerreír de los hombres. A pesar de haber conocido el amor y la pasión, no estaba dispuesta a volver a caer en esas redes. Prefería mil veces, hacer la jugada que ser el juguete de otro hombre más. Tampoco estaba dispuesta a que sus hermanas menores fueran nunca más engañadas.

Con aquel pensamiento, procedió a hacerles una propuesta a sus hermanas que ninguna pudo rechazar. Ambas se levantaron del lugar donde permanecían sentadas; y frente al lago que las acobijaba, hicieron un juramento que nada ni nadie podría romper. A través de sus lágrimas, que estaban de por medio, terminaron sellándolo para siempre.

A un par de metros, vieron un pequeño destello rojo que iluminaba parte del lago al extremo derecho. Curiosas, las tres hermanas se dirigieron al lugar de donde proveía aquella estela brillante, con la intención de que sí era necesario, podrían en marcha el juramento que acababan de hacer.

Con cada paso que daban, fueron conscientes de unas voces masculinas que había alrededor de la fogata que habían divisado. Intentando pasar desapercibidas gracias al privilegio que les brindaba la oscuridad, escucharon atentamente la conversación que los tres extraños estaban manteniendo.

—¡Estás loco, Diego! Las leyendas no son reales.

—Pero esta sí lo es, Camilo. Mi abuelo me la contó y éste se la contó su

abuelo.

—¿No crees que al haberla contado tantas veces y a tantas personas no se ha distorsionado con la realidad? —reclamó el tercer de los amigos que se llamaba Ignacio.

—Tal vez, pero quieres escucharla ¿Sí o no?

Tanto Camilo como Ignacio se miraron un poco escépticos por la leyenda de aquel lago negro. Suspirando, ambos asintieron con la cabeza, mientras que Diego dejaba entrever una sonrisa satisfecha.

—Cuenta la leyenda que, en este lago, tres hermanas se ahogaron por culpa de la traición de un hombre en el siglo XVIII. Se dice que eran huérfanas de padre y madre cuando ocurrió aquel fatídico suceso. Todos los días las tres mujeres veían a este lugar a lavar sus ropas hasta que un día decidieron ir cada una por su cuenta. En ese momento, fue cuando cada una conoció al mismo forastero que las engañó, haciéndoles promesas de amor y que tendrían un próspero matrimonio. Cuando fueron conscientes de la magnitud de aquel engaño, se acercaron a esta laguna la noche que se estaba celebrando la fiesta de “San Juan” en el pueblo. Llorando juraron que jamás permitirán que otro hombre las engañaría, mientras entraban en el lago para morir ahogadas y así acabar con la vergüenza que cada una llevaba.

—Y luego ¿Qué? —preguntó Camilo que estaba absorto en la historia que estaba relatando Diego.

—Bueno... ahí es cuando comienza la verdadera fantasía. Mi abuelo me dijo que cada noche de “San Juan” se veía a las tres hermanas merodear por la laguna en busca de algún hombre para hacerle pagar por la traición de la que fueron víctimas hace ya tantos años.

—¿Cómo les hacían pagar?

—Ahogándolos en lo más profundo de las aguas del lago al igual que lo hicieron ellas.

—Es una tontería —habló Ignacio.

—Tal vez, pero... ¿Se dan cuenta a cuanto estamos hoy? —preguntó Diego.

—24 de junio del 2018 —respondió Ignacio.

—Exacto.

En ese instante, Diego, Ignacio y Camilo vieron como tres hermosas mujeres con vestidos largos salían de las sombras y los miraban apasionadamente con una sonrisa enigmática en el rostro.

FIN

Nota del autor: Inspirada en la leyenda "Las Tres Pascualas" de la región del Biobío, Chile.